

Después del paréntesis que ha sufrido nuestra publicación por estas fiestas de los días santos de Navidad, resumámos hoy la comunicación con nuestros lectores.

EN EL NUEVO AÑO

Todos los años, a su comienzo, sobrecoge el ánimo la consideración de lo incierta que se presenta su perspectiva. Además de los propósitos que es costumbre hacer, con el deseo de enmendar la vida, a todos nos inquieta la pregunta: ¿Que me ocurrirá en este año; llegaré a ver su término? Si es propia de todos los años esta inquietud, por lo que respecta a la vida particular de cada uno, con cuanta mayor razón debemos sentir en este año de gracia de 1945 una inquietud hondísima, no ya por los azares que para cada uno pueda reservar, sino por las gravísimas circunstancias en que comienzan y las sombrías perspectivas con que abre su almanaque! La guerra más cruel que conocieron los hombres ha redoblado su ferocidad en los últimos meses; la paz que en otras guerras era la luz de ilusión que no dejaba pase a la desesperanza, no se ofrece hoy como aurora venturosa sino como turbulente horizonte.

Por Providencia especial de Dios, España no está metida de lleno en la vorágine que arrebató al mundo. Las tintas que ensombrecen el porvenir de otros países, pierden algo de intensidad en el nuestro. Europa se ve amenazada de una invasión comunista. Varios países han caído ya en las garras del bolchevismo ruso y otros están abocados a sufrir su influencia, con todas sus trágicas consecuencias. En España hemos vencido una vez al comunismo y podemos repetir la hazaña. Aquí aún es posible salvar esta hondísima crisis y llegar a buen puerto con la ayuda de Dios.

Pero para ello se precisan varias cosas. En el orden privado, que nos esforcemos todos y cada uno en ser lo contrario de lo que es el comunismo pagano: tengamos vida cristiana, moralidad de costumbres, predominio de lo espiritual, desprendimiento de bienes terrenos, lucha contra el egoísmo, la ambición, la envidia y el rencor. En la vida pública, subordinación del derecho positivo al natural, fomento de las instituciones, propias de la sociedad, respeto a la sagrada libertad humana, participación orgánica del pueblo en las tareas de gobierno, y todas las demás cosas que son conquistas preciosas de los estados con fundamento cristiano.

No deben perder de vista los gobernantes estas premisas necesarias para impedir que retornen a nuestra patria los males que combatimos y derrotamos. Porque los peligros que nos amenazan son muchos más sutiles que una incursión del "maquis" y no se combaten solamente, ni aún principalmente, mandando divisiones corazadas al Pirineo. La defensa verdadera contra cualquier intento subversivo, que no tendrá importancia si no recibe apoyo del exterior, no es otra más que la satisfacción íntima de la mayoría de los españoles, encajados dentro de un régimen nacional, estable, duradero, y que satisfaga la necesidad apremiante de conjugar el ejercicio de la autoridad con la natural libertad de los ciudadanos.

Lo contrario de lo que están haciendo los actuales gobernantes. Se empeñan en mantener testarudamente un régimen fracasado, caricatura indigna de los afanes que el 18 de julio congregaron a lo mejor de la nación, que ni es estable, ni puede conservar ilusiones de permanencia, ni arrancó sus postulados de la entraña nacional, y que, en su afán de sobrevivir persigue todo lo que no se presta a dejarse absorber, aún cuando la absorción lleve aparejada la muerte.

El error se agrava cada día porque no se entiende ni ante la gravedad creciente de las circunstancias.

Este régimen no tiene sentido de cuáles son los enemigos verdaderos a los que hay que combatir. Confunde la enemistad a su sistema totalitario con la enemistad a España, que es el único peligro y el único delito. A todos trata por igual. Y así vemos que en estos momentos en que debería hacerse todo lo posible para reconstruir la unión sagrada del 18 de julio,

se persigue por milidades a los que no hemos querido participar en el fracaso del partido único. Aparte de que continuán contra toda razón unas medidas persecutorias contra D. Manuel Fal Conde, el hombre que más méritos contrajo en la preparación del Alzamiento Nacional, al que se mantiene desde hace ocho años en continuos confinamientos y destierros, en estas últimas semanas se ha confinado a cinco requetés navarros por el simple hecho de gritar ¡Viva el Rey!; y se ha llevado a la Dirección de Seguridad durante un mes, a cuyo término se le ha coninado por plazo indefinido, a un estudiante que no toleró que un catedrático insultase a los requetés en plena clase, y le aborreció; mientras han sido puestos en libertad numerosos detenidos políticos, acusados algunos de connivencias con los rojos exiliados.

¿Cuando se van a dar cuenta los de la gravedad del momento y de que el desacierto mayor que hoy se puede cometer es el de seguir dividiendo a los hombres del 18 de julio? ¿Cuando van a convencerse de que todo este tinglado totalitario que se ha montado en España ni es bueno ni es estable y que urge más cada día el arbitrar soluciones que puedan hacer frente a las terribles convulsiones que amenazan, en vez de mantener un sistema transitorio y por lo tanto forzosamente débil?

Al ver que se persiste un día y otro en el error, en la confirmación de lo ya fracasado, en la persecución de lo único, LO ÚNICO, que puede sacarnos a flote, que es el sistema tradicional y tradicionalista, podemos afirmar, con la autoridad que nos da nuestro sentido histórico, que LOS GOBERNANTES-ESTÁN INCUMPLIMENTADOS SUS LAS SAGRADOS DEBERES. Dios les pedirá cuentas en su día, y ¡ojalá no tenga que pedírselas España en plazo breve por haber malgastado hasta el fin todo el caudal del maravilloso esfuerzo de nuestra guerra, y su victoria frente al comunismo!

Por nuestra parte nos proponemos en este año que empiece, con la ayuda de Dios, conseguir que por fin alcance España la tranquilidad y el bienestar, con la implantación de su sistema genuino y nacional, después de los fracasos de todos los sistemas extraños que se le han impuesto.

TORMENTA SOBRE GRECIA

Si no estuviesen de siempre revestidas de interés todas las cosas referentes a Grecia, de cuya antigua cultura tanto hemos heredado, bastarían las lecciones que se desprenden del conflicto griego para hacer de él uno de los más sugestivos temas de meditación.

Porque en él aprecian, con más viveza que en otros casos, los vicios que corren el mundo político actual. Coméntado hace meses en otro número de este B. de O. la aparición súbita de Italia de más de dos docenas de partidos políticos en pugna por el Poder, decíamos que el desorden del país alemán se debía principalmente a que en esta época post-fascista no había más aglutinante que el signo negativo de la lucha contra toda la obra de Mussolini. En nada más se entienden los figurones políticos. Todos ellos se debaten en un mundo de frases huecas, tópicos reconocidos, ambiciones, prejuicios, doctrinismo, sin noción ninguna de donde está el bien de la patria y hacia donde conviene enderezar la nave del Estado. Los aliados, a su vez, no han sido apertar ningún programa renovador y no llevan en sus banderas más que unos lemas que, en el mejor de los casos, no son más medios pero nunca un fin en sí: elecciones generales y libre expresión de la voluntad popular. Lo importante sería el saber para qué van a servir esas elecciones y qué saldrá de ellas; y en cuanto a la voluntad popular, qué es lo que debe querer el pueblo para querer lo que sea bueno.

Desengañense todos: las naciones de Europa no están en condiciones de ir a unas elecciones ~~en que todo~~ se discuta y todo pueda ser puesto en tela de juicio. Las elecciones generales serán en todas partes el salto en el vacío. Los pueblos, instintivamente, las rehuyen, y solamente los audaces, los ces, los desaprensivos, los malvados, los que nada pueden perder por que nada representan y todo lo pueden ganar si utilizan a tiempo sus malas artes, gritan y reclaman esa pretendida llamada a la voluntad nacional. Padrugando, incluso, en la toma de posiciones, para desde ellas torcer la marcha del país en favor de sus malsanas ambiciones.

Este ha sido el caso de Grecia. Propuesto un Gobierno y aceptado solemnemente por todos los partidos, en cuanto las masas revolucionarias del E.L.A.S. han creído propicio el momento para intentar la conquista del poder por un golpe de mano, se han lanzado a él con la esperanza de que una vez conseguido el triunfo en las barricadas, les sería luego fácil, igual que hacen sus inspiradores de Moscú, el simular unos "plebiscitos" de mayoría absoluta en favor de las soluciones más extremas.

Parece que puede darse por descartada esa posibilidad, por lo menos - por ahora, y que alguna especie de orden va a presidir la vida política

del bello país heleno. Pero la victoria tan difícilmente conseguida, nuestra a las clases, a la inconsistencia del régimen griego y sirve para juzgar, aún dentro de sus múltiples variantes, la de todos los demás países europeos.

La victoria gubernamental no se ha conseguido más que gracias a la ayuda extranjera, y no ha sido el triunfo de una idea, sino el de un instinto: el de conservación que es el último que pierden las personas y las sociedades. El miedo espantoso al caos comunista que era la secuela del triunfo del E.L.L.A.S., ha pasado grandemente en la resolución del pleito. Pero ahí termina todo el programa conjunto de gobernantes y gobernados. No hay otro punto de contacto. De todo hay entre ellos; unos son monárquicos, otros republicanos partidarios de un gobierno fuerte algunos y liberales rabiosos los más; divididos entre sí en cuanto a credos religiosos; inclinados a una depuración extrema, o transigentes. No hay unidad de criterio. Como en el resto de Europa, roto el ideal religioso de la cristiandad, se ha seguido por razón natural la rotura de la solidaridad política.

No hay en Europa más país que el nuestro que tenga doctrinas a donde volver los ojos. Esta tranquilidad que tenemos los españoles de que un partido, el carlista, ha sabido conservar intacta la doctrina salvadora, no la goza ningún otro país. Aquí viven de esa seguridad aún aquellos mismos que no militan en nuestro campo. Hasta inconscientemente. Es algo así como deben sentir los protestantes cuando analizan su inconsistencia de doctrina y la inseguridad de su postura. Sin quererlo confesar, la inmutabilidad del papado les da a ellos confianza; es una especie de boya a la que están asidos de los ojos. No están sobre ella, pero "sienten" que pueden ir a ella, que les queda ese refugio para caso de apuro. Si desapareciese el papa de Roma, dejaría parecería con él el protestantismo, que sería ya totalmente arrastrado por las aguas. Algo así viene a ser el carlismo para los que no militan en él. Mientras ven que hay carlistas en España, las gentes tienen un punto fijo a donde mirar; de la seguridad de nuestra postura viven todos. Aún los que nos combaten.

Pero en el resto de Europa ya no hay asidero, ni faro a donde mirar. En Europa ya no queda la equivalencia del carlismo. Nada inmutable en política. Todo se lo llevó el vendaval de la Reforma, y sus hijos la Revolución y el Liberalismo.

Por eso en Grecia no es ya punto de apoyo la persona del Rey, ni quizá siquiera la Monarquía. Porque ésta olvidó allí sus fundamentos ideológicos, y si el Rey renuncia a sus mejores títulos. Estos no son nunca los inestables de la "voluntad" popular manifestada tumultuariamente. Y por eso, resulte lo que resulte del plebiscito que se prepara, ni la votación desfavorable sería un argumento suficiente en contra de la conveniencia de la Monarquía en aquella nación, ni una mayoría a favor del Rey Jorge sería el solo título que convalidase su presencia. Los motivos de la monarquía son más profundos y deben asentarse con más solidez que en el inconstante azar de unas elecciones. Como hemos dicho en alguno de nuestros escritos, la Monarquía se asienta en la Legitimidad y ésta tiene por fundamento la Verdad política y el bien común, y trae su origen de una Ley superior.

Pero los pueblos, en general, y hasta los mismos Reyes, han dejado de ser monárquicos, de reconocer los principios fundamentales de la soberanía, y se han dejado arrastrar por las disolventes teorías de que no hay más Ley que la voluntad de los más. Y aceptados esos mal llamados principios, ya no hay régimen estable, ni situación segura, ni prestigio personal que se mantenga.

Aprenda la lección nuestros antiguos monárquicos liberales que todo lo fían a la existencia de una persona física. De nada le sirve a Grecia el tener un Rey, si se han perdido las esencias monárquicas. De nada una persona cuando no quedan instituciones. Frente a las arrolladoras corrientes revolucionarias que se desatan en el mundo, sólo se mantendrán las instituciones firmemente asentadas. Por eso creamos un día y otro, queriendo llevar al convencimiento de todos esta urgente necesidad de creación de formas monárquicas institucionales, y arraigadas en la tradición de nuestra patria. Por eso nos afirmamos más y más cada día en la necesidad de la Regencia que es la única que puede dar contenido permanente y definitivo a las instituciones sociales que se precisan. Sabemos que no se mantendrá más que aquello que responda a necesidades de la sociedad, por ella sentidas y por ella resueltas. Nunca lo que sea capricho de un solo hombre, aunque éste lleve el título de Rey.

Esta es otra lección de Grecia. Cuando ni la misma persona del Rey ha podido mantenerse frente al empujón revolucionario, ha surgido la solución de la Regencia de Damaskinos, como única fórmula capaz de unir a los griegos para establecer las bases futuras de su sistema político. La Regencia esté

recatando ya beneficiosa desde sus comienzos, a pesar de que en Grecia la Regencia puede considerarse como un paso atrás en el camino monárquico, y no como un paso hacia delante como es lo que nosotros propugnamos. Pero aún in convenientes iniciales, la Regencia griega es la única solución que puede obrar el milagro de salvar a su país del caos y de la ruina.

Meditese por lo tanto en lo fecunda y creadora que puede ser la Regencia en nuestra patria, apoyada en doctrinas tradicionales, con una orientación predeterminada de realización definitiva del sistema monárquico, y moviéndose en un medio reposado y no entre las barriadas y la lucha fratricida a que se han visto arrastrados los griegos. Solo este instrumento puede ser el que asegure un tránsito ordenado y definitivo de la actual situación ex ceptional de gobierno personalista, sin instituciones, a la forma perfecta de la monarquía tradicional, conjunto de instituciones armónicas de la sociedad.

LA LECCION DE LOS REINOS

Con este título se ha repartido una hoja impresa, de la Columna Tradicionalista, en la que se hace una nueva llamada a los gobernantes y a la nación entera, para que se percaten de una vez para siempre de que no hay salvación fuera del sistema tradicional. Se estudian en ella los fracasos del liberalismo, ya monárquico, ya republicano, la necesidad de esos fracasos como consecuencia obligada de las falsas doctrinas llevadas a la gober nación del Estado, la imposibilidad de volver a esas formas tantas veces en sayadas y tantas veces fracasadas, y la lección de los tres destronamientos seguidos en noventa años. Al final se demuestra como única posible la fórmula de la Regencia y se invita a todos a que se sumen a esta solución salvadora.

Recomendamos a nuestros lectores que si no han recibido ningún ejemplar procuren conseguirlo. El escrito, fechado en octubre pasado, tiene mayor actualidad cada día.